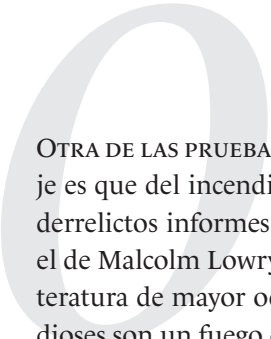
A black and white portrait of Malcolm Lowry, a man with a mustache, wearing a patterned suit jacket, a white shirt, and a dark tie. He is looking slightly to the left of the camera with a serious expression. The background is a plain, light color.

Retrato de Malcolm Lowry. Fotografía: Wikimedia Commons

Palabras recobradas del incendio
La novela perdida de
Malcolm Lowry

Rafael Toriz



OTRA DE LAS PRUEBAS QUE DEMUESTRA QUE LA VIDA ES un producto del lenguaje es que del incendio que la anima, al fin y al cabo, sólo quedan las cenizas; derrelictos informes con los que algunos seres de talento —y en casos como el de Malcolm Lowry, verdaderamente poseídos— escriben en ocasiones la literatura de mayor octanaje. Ni con sangre ni con tinta: los predilectos de los dioses son un fuego que camina.

Figura mítica por su manera de beber dentro de una lengua, oficio y tradición que cultiva y concibe la dipsomanía como un arte consumado, Malcolm Lowry (1909 - 1957) escribió su nombre en lumbre desde hace tiempo por haber legado una de las mayores novelas del siglo xx: *Bajo el volcán*, un descenso a los infiernos el día de muertos de 1938, de la mano del cónsul inglés Geoffrey Firmin, perdido en Quauhnáhuac, cuyas desventuras suceden a las faldas de los dos volcanes que custodian impasibles la miseria mexicana (acaso con afán de profecía, el protagonista de su novela *Ultramarina* escribirá antes de que Lowry llegue a México: “algún día encontraré una tierra corrompida hasta la ignominia, donde los niños desfallezcan por falta de leche, una tierra desdichada e inocente”). Misión cumplida. Con creces.

Autor con vocación para la desdicha y con el macabro súper poder de llevar a cabo su condena, Lowry es uno de los mayores ejemplos donde la sensibilidad literaria se consume sólo mediante la degradación de quien la ejerce, destruyendo en el camino al mundo que lo rodea; por ello se ha visto en su obra una continuación del romanticismo alemán, donde el *Fausto* de Goethe alumbraba en su periplo luciferino al condenado por la vida, una versión del artista inmolido ante el altar de su obra, enamorado insobornable de su propia profecía.

Habitado a las hogueras del alcohol —ese incendio bebestible que devora lo que toca— las llamas lo alcanzaron hasta Dollarton en Canadá, en 1944, donde vivía con su segunda esposa, Margerie Bonner, quien logró rescatar con la casa consumida por las llamas *Bajo el volcán*, incendio en el que Lowry casi pierde la vida al ser golpeado por una viga ardiendo al querer salvar *In Ballast*

to the White Sea, publicada hace tres años en inglés y recién editada en español por Malpaso en la traducción de Ignacio Villaro con el título *Rumbo al mar blanco*.

La historia del manuscrito parece ya uno de los enredos existenciales de Lowry. Dada por perdida en el incendio, Lowry rumió su pérdida hasta el final de sus días puesto que, literalmente, esta novela era su representación del paraíso en ese homenaje oblicuo tejido por su narrativa alrededor de la *Comedia* de Dante (el purgatorio era *Lunar caustic* y el infierno *Bajo el volcán*).

Conservado un borrador carbónico en casa de su primera suegra, la madre de la actriz Jan Gabriel, ella misma mecanografió la versión que a su muerte sería entregada a la Biblioteca Pública de Nueva York. Gabriel es también autora del libro de memorias *Inside the Volcano: My Life with Malcolm Lowry*, donde relata los abismos de su relación, sus altibajos pasionales y sus fecundos años en México. Como suele suceder en estos casos, las viudas se detestaban.

La crítica, maledicente y aventurera, sostiene que no es posible que Lowry ignorara esa copia y que una vez incendiado su manuscrito él, por exceso de rigor con su leyenda, habría quedado satisfecho habiendo perdido para siempre el paraíso.

Como ese comentario cretino sólo puede venir de alguien que jamás ha intentado escribir una novela, conviene dejarlo de lado y señalar que *Rumbo al mar blanco* es una *Künstlerromane*, es decir, una novela de artista que al igual que en otros libros suyos, gira alrededor de los misterios propios a la creación artística, en este caso mediante los sesudos diálogos entre dos hermanos en altamar, plenos de referencias literarias y opiniones contundentes sobre los enigmas del mundo.

El protagonista es un estudiante de Cambridge que ha sido previamente marinero y que se encuentra angustiado por un hecho que lo agobia: “si hubieras pasado, como yo, por la experiencia de escribir un libro para descubrir luego que ya lo había escrito otro, y mejor que tú, entonces tendrías motivos para el fatalismo”.

La novela, vista con los ojos del presente, resulta cándida por momentos. Las preocupaciones del narrador, aunque legítimas, no pocas veces suenan cursis: es obvio que el autor tiene un concepto altísimo de la creación literaria pero a sus reflexiones les falta el magma poderoso que atraviesa de cabo a rabo su novela mexicana. Empero, la culpa no es toda de Lowry: también el paraíso de Dante es la parte más floja de su obra y todos sabemos que el arte que se acerca demasiado a los dominios del Señor en menor o mayor medida y de alguna manera siempre se malogra.

Está presente, desde luego, la sabiduría del novelista: “el objetivo de quien busca la sabiduría es la conjunción de dos estragos. Uno, que no sabemos nada, y el otro, saber que no hay nada que saber. ¿Qué aprendemos en este maldito lugar?”, y sobre todo el mar como horizonte, lo que recuerda que Lowry es uno de los pocos autores que ha construido novelas con elementos naturales y espacios cerrados como paisaje: el mar, el volcán, el manicomio y el barco.

¿Cambiará esta novela la concepción sobre la obra de Lowry? Me parece que no mucho, sobre todo porque se trata de una novela inconclusa. Y porque todo lo que tenía que decir su autor fue precisa y profusamente dicho en *Bajo el volcán*; por eso *Rumbo al mar blanco* —que abandona el territorio de los libros perdidos como los de Isaac Babel, Bruno Schulz, Walter Bejamin o incluso Gógol— se suma positivamente al corpus de una obra que, pese a recobrar el paraíso, sabe que su sentencia ha sido desde el inicio una cosa ya juzgada, como se lee en uno de sus poemas más entrañables traducido a la perfección por José Emilio Pacheco: “Es un desastre el éxito. Más hondo que tu casa en llamas consumida,/ el estruendo de ruinas y el desplome/ ante el que asiste inerme a su condena./ Y la fama destruye como un ebrio/ la morada del alma y te revela/ que tan sólo por ella trabajaste./ Ah, que nunca me hubiera traicionado/ el triunfo con besarme, y la tiniebla,/ la caída y zozobra permanezcan/ a mi lado y me cubran para siempre”. 